

EL HUÉSPED

y otros cuentos

POR
CARLOS MORALES



A Bellus y mis queridos

PRÓLOGO

En 2007 Carlos Morales remitió a la revista que yo dirigía, dedicada a la ciencia ficción (CF en adelante) latinoamericana, una propuesta de colaboración que parecía reunir todas las condiciones para ser rechazada: *El huésped* era un cuento demasiado largo para nuestros estándares y los nombres de los personajes —«Rack» Jenner, «Willy» Wilcox, Mina Henderson— remitían al universo de la *space opera* al estilo de E. E. «Doc» Smith, en el mejor de los casos.

NM era una revista trimestral en línea de distribución gratuita y ocupar la casi totalidad de sus páginas con un único texto no resultaba muy atractivo, y la opción de lanzarla en dos partes tampoco era viable. No obstante, una de las aspiraciones de Morales es la de «impulsar una ciencia ficción *hard* latinoamericana», según sus propias palabras, por lo que en ese sentido coincidía

con el objetivo de *NM* de difundir a los buenos autores de *CF* en castellano.

Así que seguí adelante. Lectura de los primeros párrafos; lectura de los últimos (sí, el editor siempre se pierde el suspenso, aunque hay algunos autores que se especializan en hacer que el final no se pueda entender sin el resto del texto) y lectura de algunos párrafos salteados (de muchos, en este caso, porque era un texto generoso en su extensión).

Buena redacción, buen uso de los diálogos, buen manejo del tiempo. Los datos científicos eran abundantes (no, no era *space opera*; era *CF* «dura» latinoamericana, después de todo), y un argumento que con cada línea se volvía más interesante. Cuando hizo su aparición Anamarí Castiñeras, con sus orígenes en las selvas del Orinoco, para completar la tripulación del «cacahuete», me dio la llave para publicarlo y ya solo restaba seguir hasta el final. El cuento había dejado de ser una historia de héroes hollywoodenses escrita por un escritor hispano: sus personajes eludían el estereotipo —el gran fantasma de cualquier escritor— y no era difícil identificarse con ellos, hasta con Bola de Grasa.

La calidad de la prosa, por otra parte, no fue ninguna sorpresa. Activo participante en las reuniones de aficionados a la CF de aquellos años, Carlos Morales tiene en su haber una formación técnico-científica —puede pasar horas fundamentando por qué una astronave no necesita una silueta aerodinámica y criticando el espacio desaprovechado de las que aparecen en tal o cual película—, despunta el vicio en una banda de *rock* progresivo (no podría ser otro el estilo musical), es un ávido buscador de «rarezas» numismáticas y tradujo obras del género (gracias a él, más de un aficionado que no se lleva muy bien con el inglés pudo disfrutar de la lectura de *Trono de Mundo Anillo*, de Larry Niven, por ejemplo).

En cierto modo, Carlos es fiel exponente de la veracidad de una conocida frase de Heinlein en *Tropas del espacio*: «La especialización es cosa de insectos». En él la variedad es la norma, lo que le permite desplegar un tono lírico, por momentos elegíaco, que se entremezcla con las cifras —después de todo, en la matemática también hay poesía— y con toques de humor: en muchos de sus cuentos hay

un matiz a veces burlón, a veces irónico; otras, levemente melancólico —como la vida misma—, similar al de Fredric Brown.

El resto es historia y en agosto de 2007 *El huésped* apareció ocupando casi la totalidad del número 5 de la revista. A partir de ahí Carlos Morales se convirtió en un colaborador asiduo, así como en otros sitios de la época, como *Alfa Eridiani*, *NGC3660*, *Cosmocápsula*, *Argonautas*, *Historias Asombrosas* y la decana *Axxón*.

Todas esas publicaciones sirvieron para brindar un espacio en el que los autores de habla castellana pudieran escribir desde un entorno propio (su ciudad, su país, su continente), y comenzaran a crear sus universos de ficción a partir de pintar su aldea. Tímidamente al principio, pero de manera constante, fueron abandonando el terreno de las clásicas publicaciones de aficionados. Muchos aparecieron en diversas antologías en papel y algunos llegaron a publicar sus libros en solitario.

Hoy le llega el turno de engrosar esas filas a Carlos. Se podría pensar que es el merecido reconocimiento a toda una trayectoria de alguien

que, en definitiva, impulsó esa nueva CF *hard*, pero no es así. *El huésped* y los cuentos que lo acompañan no son los de ayer. Carlos Morales es uno de esos escritores que tienden a la perfección —aun sabiendo que es inalcanzable, que tiende al infinito— y que ante cada vuelta de hoja corrige una coma o pule una frase. Así que, para quienes lo conocen, su relectura es un viaje de redescubrimiento; para quienes no, la mejor oportunidad para llegar a donde nadie ha llegado antes.

Por todo lo expresado hasta aquí, le agradezco a Carlos por brindarme el privilegio de presentar su obra y a Ediciones Osa Polar por la aventura de publicarlo.

Es el momento apropiado, entonces, para dejar de lado la parte de un libro que es la última que se escribe y que rara vez se lee. A disfrutar de los cuentos.

Santiago Oviedo

ENTRE LOS PERROS

Para Carla L.

—**C**onfiemos en que la batería resista, coronel.

—Resistirá. Es inevitable.

El grupo de sobrevivientes observaba con respeto a los dos hombres, que lucían sus disímiles concepciones del mundo: el natural dubitativo del portentoso científico y la certeza irracional del valeroso militar.

—Recuerde mantenerse en medio de los perros, coronel; la superficie del traje copiará aquello que esté cercano para disimular su presencia. Confiemos en la pésima visión de los invasores.

—Me preocupa el tema del olfato, Sanders — repitió el coronel antes de cerrarse la cremallera del cuello.

—Tranquilo, Upham. El campo reflector del traje es estanco; no podrán olerle. Aparecerá probablemente en medio de los perros, en esa

posición de la pantalla; los apartará a los lados al corporizarse, pero confiemos en que les parezca solo un empujón.

»Ahora que el macho alfa les comenzó a aullar, están distraídos. Manténgase encogido y en medio de ellos; el traje hará el resto. Tiene solo veinte segundos de batería; por favor, active el cronómetro.

Upham cerró la cremallera y activó el cronómetro mordiendo el contacto en su boca. Un grupo de números marcando 20:00 se iluminó frente a su ojo izquierdo.

—Apenas cruce el portal... —la voz de Sanders se oía confusamente a través del neocrilato del traje— ... deberá iniciar el contador. El generador del escudo de los perros estará a la derecha o a la izquierda. Calcule la distancia, la elevación y el ángulo. Tenemos que destruirlo o pereceremos esta misma noche; ya nos rodean.

Upham asintió y se introdujo, levemente encogido, bajo los montantes del portal. Esperó.

Apareció entre los perros empujándoles y percibió

los gruñidos a través de la vibración del traje, pero solo oía el resollar de su propia y encerrada respiración. Activó el contador y asomó levemente la cabeza por encima: eran miles. El alfa estaba cerca y a los aullidos; miró a un lado.

El recinto era gigantesco y de límites confusos. Se sorprendió por la cantidad de estructuras a los lados. La cámara espía mostraba el estrado y sus cercanías; no permitió imaginar eso. Su mirada erró entre la maquinaria, intentando identificar el generador por el diagrama que le había mostrado Sanders. Giró la cabeza al otro lado y se encontró con el mismo abigarrado panorama.

El contador corría. No habría otra oportunidad; la energía de la colonia solo alcanzaría para un viaje más, y entonces debería traer el lanzador de cohetes. Pero no podía disimular el arma dentro del traje. Habría de llevarla por fuera y los perros la verían. Tendría como mucho un par de segundos antes de que lo derribaran a dentelladas. Imposible hacer otra cosa que apuntar y disparar a un blanco previamente seleccionado. Y el blanco se le escabullía: no podía

detectar el generador del escudo.

Un quejido aterrado se escapó por su garganta. Volvió a girar la cabeza cuando restaban cuatro segundos. Creyó ver entonces, como orlado por un nimbo dorado, el generador del escudo, a las ocho y a doscientos cincuenta metros, elevación dos metros. Activó el regreso.

Salió del portal temblando, pero con una alegría inmensa: estaban salvados.

El primer perro le partió la columna; el segundo se cebó en su cuello hasta que le separó la cabeza a través del ya inútil traje.